

al más adelantado de los asaltantes. La guarnición cubrió muy luego la muralla y muy pocos galos pudieron volver á su campamento.

El Capitolio estaba en salvo, gracias á Manlio; pero los víveres estaban ya agotados y Camilo no aparecía. El tribuno militar Sulpicio trató entonces con el breno, á quien llamaba á su patria un ataque de los venetos y la *molaria* que diezaba á su gente, y se convino en que los galos recibirían por rescate 1000 libras de oro (326 kil. 340 gr.); que les serían suministrados víveres y medios de transporte por los aliados de Roma y que una puerta de la ciudad quedaría siempre abierta.

Para pesar el oro llevaron los bárbaros pesas falsas y como Sulpicio protestara, *Ve victis*, dijo el breno: ¡Ay de los vencidos! Y aun arrojó en la balanza su espada y su tahalí.

Por fin se alejaron los bárbaros. Pero Camilo anuló el tratado con su autoridad dictatorial: ordenó á las ciudades aliadas que cerraran sus puertas y atacaran á los rezagados y á las cuadrillas aisladas.

Durante el bloqueo, que habían mantenido setenta mil galos, numerosos destacamentos habían dejado el ejército para recorrer el país y llegaron hasta Apulia. Cuando volvieron,

## CAPITULO XI

### HISTORIA MILITAR DE 389 Á 343

#### I. — REEDIFICACIÓN DE LA CIUDAD; LA LEGIÓN ROMANA

Si el Capitolio se había salvado, Roma estaba verdaderamente en ruinas. Muchos tribunos hubieron de insistir, según se cree, en la proposición de trasladar parte de los plebeyos á la plaza de Veyos, cuyo fuerte recinto estaba, como sus casas, todavía en pie. Pero abandonar los lugares donde tantos recuerdos mantenían el patriotismo, donde habitaban las divinidades poliadas y los dioses domésticos, donde se había fundado el imperio, de donde se había extendido la dominación á los pueblos vecinos; dejar la ciudad soberana por la ciudad vencida ¿no hubiera sido una vergüenza, un crimen para con los dioses y una gran falta política? Así lo decía el patricio Camilo y el senado lo pensó. Un presagio feliz, el *Quedemonos aquí* del centurión que pasaba por el Foro, decidió al pueblo, todavía irresoluto, á restablecer la ciudad.

Un año bastó para la empresa, porque el senado daba el ladrillo, la madera y la piedra, materiales tomados sin duda de Veyos que con esto quedaría demolida. Fué un medio hábilmente elegido para impedir que el pueblo llevara allí nunca sus penates. Esta vez también la perseverancia del senado salvaba los destinos de Roma (2).

Entre las ruinas se encontró el bastón ó báculo augural

(1) Contra la narración de Tito Livio, véase Polib., *Hist.*, II, 22; Suet., *Tib.*, 3; Tac., *Ann.*, XI, 24; *Hist.*, III, 72; Poly., *Strat.*, VIII, 25, que menciona la puerta que los romanos debían dejar siempre abierta, pero que abrieron en un lugar inaccesible, en el mismo Capitolio, la puerta *Pandana*; en fin, Frontino, que habla de los víveres y de los medios de transporte en su cap. II, 6, 1, donde dice que hay que hacer al enemigo un puente de plata.

(2) El proyecto de transferir Roma á Veyos no es probablemente más que una invención de los retóricos que hallaban aquí asunto para elocuentes discursos. Toda la religión, todos los ritos eran contrarios. ¿Qué hubieran dicho Término y Júpiter Capitolino?

había partido ya el grueso del ejército, todo el Lacio estaba en armas y las legiones romanas se habían reorganizado. Así, pues, de estos muy pocos quedaron á vida. Los ceritas pasaron á cuchillo á una banda entera que había caído en una emboscada, y otra fué derrotada por Camilo cerca de una ciudad, cuyo nombre se ha perdido.

Esta narración de Tito Livio tiene también algo de leyenda: es un poema en honor de Camilo. En la época á que llegamos, el fondo de la historia es verdadero; las galas con que se adorna, no (1). Diodoro no sabe nada de la dictadura de Camilo; Polibio refiere que los galos volvieron á la Umbría cargados de botín; Suetonio, que Livio Druso recobró un siglo después el rescate de Roma; otros, en fin, que fueron impuestas duras condiciones por los vencedores. No se podían ocultar la derrota del Alia, la toma y el incendio de la ciudad. El terror de que el solo nombre de los galos llena el alma de Roma hasta el tiempo de Cesar, atestigua durante más de dos siglos que sólo la incuria de los bárbaros había salvado á Roma de una completa ruina. Los analistas se resarcan de esta penosa confesión haciendo de algunas ligeras ventajas sobre los rezagados victorias tan completas, que ningún bárbaro habría escapado á la espada vengadora de los soldados de Camilo.

de Rómulo, las Doce Tablas, fragmentos de leyes reales y algunos tratados. Era todo lo que parecía quedar de la antigua sociedad romana.

Reedificada al azar, sin plan ni dirección, al gusto ó capricho de cada uno, ofrecía Roma en su aspecto material la misma confusión que muy luego debía producirse en el orden político. Al pasar por aquel suelo la invasión gala lo había nivelado; cuando corrió otra vez el torrente, una nueva ciudad y casi un nuevo pueblo aparecieron.

La espada de los bárbaros había hecho grandes huecos en la población, y para llenarlos y prevenir una sublevación peligrosa, se concedió el derecho de ciudadanía á los habitantes del territorio de Veyos, de Capena y de Faleria, y los primeros censores nombrados, después de la retirada de los galos, formaron con ellos cuatro nuevas tribus (3). Era una medida muy grave llamar de una vez tantos hombres á participar de la soberanía y asegurar á los antiguos súbditos cuatro sufragios de veinticinco. Pero Roma no podía salir de otro modo de la comprometida situación en que los galos la habían dejado, y el senado no vaciló ante un sacrificio necesario. Muy luego fué recompensado, porque indudablemente esta concesión influyó mucho en los triunfos de Roma, sin aliados por la defección de una parte de los latinos y de los hérnicos, y atacada antes de salir de sus ruinas por casi todos sus vecinos.

Rehusando pasar á Veyos, se habían comprometido los romanos á levantar á la vez su ciudad y su imperio, y á pesar de las contrarias apariencias, este doble trabajo de reconstrucción no era superior á sus fuerzas. Sus vecinos y sus enemigos habían sufrido también con la invasión de los galos, sobre todo los ecuos, por cuyo país hubieron de

(3) *Stellatina, Tromentina, Sabatina et Arniensis*. (Tito Livio, VI, 5); en 387.

pasar sin duda los bárbaros para ganar la Apulia, y al parecer habían perdido toda su audacia. Por otra parte, estas guerras no eran siempre más que ataques parciales ó mal combinados. Cualquiera que fuera en ciertos casos la superioridad del número, los romanos tenían siempre en su favor esa unidad de sentimientos en los soldados y de dirección en los jefes, que dobla la fuerza de los ejércitos.

Las circunstancias no eran por eso menos difíciles; pero Roma las había atravesado más peligrosas. Camilo, á quien se encuentra ahora sin cesar á la cabeza de las legiones, ganó en esto, con mucha más justicia que en la guerra de los galos, el título de segundo fundador de Roma. En el interior llamaba á los partidos á la unión con patrióticos consejos ó procuraba imponerles la paz con su firmeza; en los campos sus hábiles reformas preparaban la victoria que sus talentos aseguraban sobre el campo de batalla. Ante el impetuoso y espantable ataque de los galos habían huido los romanos. Camilo armó á los soldados de largas lanzas que tuvieron á raya el arrojío de los bárbaros, y de cascos de bronce y escudos rodeados de una lámina de hierro, contra los cuales se embotaban sus mal templadas espadas. Todavía hizo más, y fué cambiar todo el orden de batalla.

El nombre del que creara aquel cuerpo animado y vivo de la legión romana; que supo combinar tan bien en ella las diversas armas, que estuvo siempre en aptitud de vencer en todos los terrenos, á triunfar de todas las tropas y de todas las tácticas; inmóvil y unida enfrente de los rápidos jinetes del Atlas, ó de las desordenadas hordas de los bárbaros; dividida y ligera ante la falange macedonia, ó los carros armados de guadañas y los elefantes de Antioco; el nombre, decimos, del que hizo así de la legión un arma completa nos es desconocido. La experiencia de todos los días, una guerra de montañas y de continuas escaramuzas enseñaron sin duda las ventajas de la división en manípulos sobre la antigua organización en falanges. Pero si algún general contribuyó á este cambio ¿á quién mejor que á Camilo conviene atribuir el honor?

En cuanto á fijar la fecha de tan ventajosa transformación no es cosa fácil, como quiera que faltan los textos. Solamente se sabe que después de las guerras galas, en la batalla del Vesubio, esta división estaba definitivamente establecida. Camilo le debió acaso los numerosos triunfos que salvaron á Roma por segunda vez.

Repetidas veces venció á los volscos, á los ecuos, á los tarquinenses, que no pudieron impedir que los romanos establecieran las dos colonias en Nepete y en Sutri, y no dejó un enemigo entre el Tíber y el bosque Cimino (1). Pero á la orilla izquierda, Ancio, protegida por su posición marítima, Preneste, ciudad rica y poblada, muy fuerte de asiento y casi inexpugnable, estaban en armas y recibían numerosos voluntarios del Lacio. Una victoria del dictador Corn. Coso parece que multiplicó todavía las defecciones. Velitras, Circei y Lanuvio se sublevaron abiertamente. Llevado por la séptima vez Camilo al tribunado militar, á duras penas pudo prevenir grandes desastres. En 379, penetraron los prenestinos hasta la puerta Colina y devastaron todo el país entre el Tíber y el Anio. Alcanzados y vencidos á orillas del Alia por el dictador T. Quincio, perdieron ocho ciudades y pidieron la paz.

Tres años más tarde una batalla, que duró dos días, terminó la guerra contra los ancies, y el tribuno militar Servio Sulpicio libertó á los fieles tusculanos, atacados por los lati-

(1) Nepete estaba situada á 30 millas de Roma y Sutri á 32; el *sallus Ciminius* es la cadena que llaman montes de Viterbo. En Sutri se ven aún las pintorescas ruinas de un anfiteatro abierto en la roca, y al parecer de la época imperial. Sin embargo, sabios anticuarios le creen etrusco (Dionis., *Etruria*, I, 94-97).

nos. Eran éxitos importantes; pero Velitras y Circei no habían sido castigadas aún por su defección; Preneste, Ancio y los volscos, tascaban el freno, mal avenidos con su derrota: Roma no estaba segura todavía de la llanura latina.

A estas guerras se refiere una leyenda que vela acaso un hecho histórico; hecho que los escritores de Roma se han guardado mucho de referirnos. Después de la retirada de los galos, los fidenates ligados con otros pueblos habían penetrado hasta el pie del recinto de Servio, y para retirarse, exigían que se les entregasen las más nobles matronas. La vergüenza, la ansiedad y la indignación poseían todos los ánimos; pero una esclava, cuya abnegación le valió el nombre de *Tutela*, hubo de ofrecer entregarse con las más agraciadas de sus compañeras, vestidas todas de matronas, en manos del enemigo. Los senadores aceptaron la condición, y los fidenates, orgullosos de esta humillación de Roma, la celebraron con una orgía, que se prolongó mucho tiempo. Cuando la embriaguez les hubo cerrado los ojos, la esclava Tutela subió á la copa de una higuera silvestre (2) y llamó á los romanos, los cuales triunfaron fácilmente de aquellos adversarios desarmados.

La Judith latina y las demás heroínas esclavas que la habían seguido al campamento enemigo, fueron luego manumitidas y dotadas largamente á expensas del tesoro público.

Con esto, todos los años, por las nonas de julio, todas las esclavas de Roma, engalanadas con la estola de las matronas y llevando sendas ramas de higuera silvestre, celebraban en el templo de Juno Caprotina una fiesta solemne, y en ella ofrecían un sacrificio á la diosa en memoria de las heroicas esclavas que habían salvado el honor de las damas romanas (3).

#### II. — VUELTA DE LOS GALOS AL LACIO — MANLIO — VALERIO CORVO

Los senones, que en son de triunfo llegaron á su país, halagados por su victoria y muy más satisfechos con el botín de los romanos, muy luego volvieron á sus belicosas y audaces correrías. En 376 se apoderaron de la importante plaza de Arimino, de cuya ciudad conservamos ases representando un busto galo, que puede reconocerse muy bien por el moztacho y por el collar. De sus hazañas en las costas del Adriático, nada sabemos; pero no habían olvidado el camino del país latino, que habían assolado impunemente por espacio de siete meses.

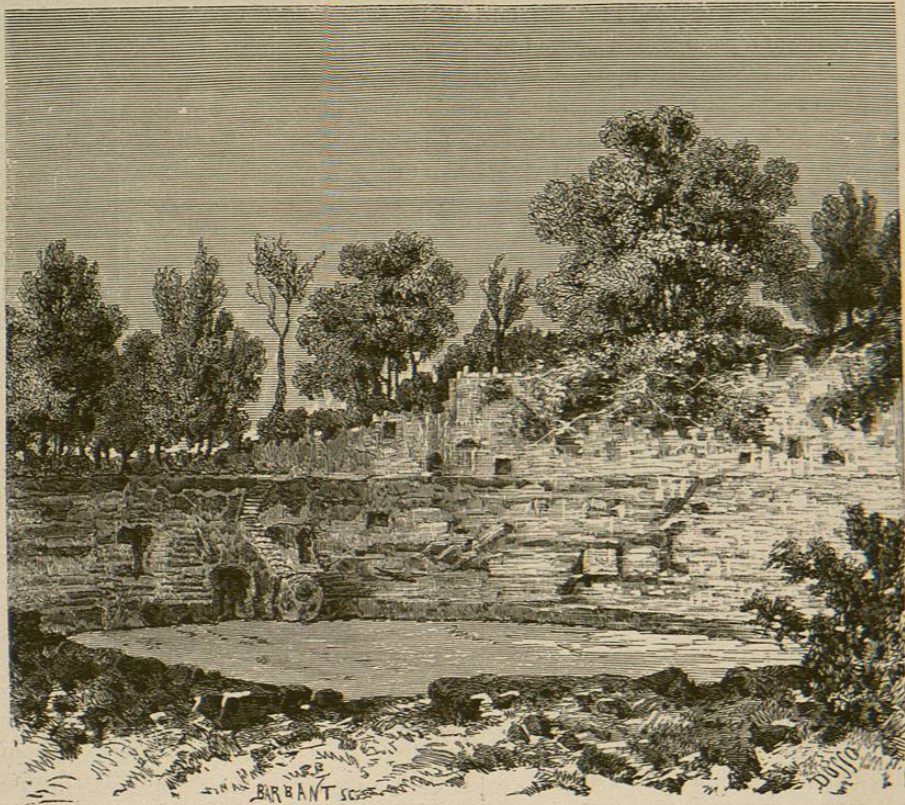
Veintitres años después del cerco del Capitolio aparecieron otra vez llegando hasta las cercanías del monte Albano, donde Camilo ganó sobre ellos una brillante victoria, gracias á los cambios que había obrado en el armamento de los soldados (367). Polibio no habla, es verdad, de este último triunfo del dictador octogenario; pero también ignoraba otros que la vanidad romana refería largamente. En 361, decían los analistas, acamparon los galos en la vía *Salaria*, cerca de Anio: sólo un puente los separaba de las legiones, y todos los días, un guerrero de estatura gigantesca iba al puente á insultar á los romanos. El tribuno legionario Manlio aceptó el reto, mató al gigante galo y arrancándole su collar de oro (*torques* y de aquí *Torquatus*) se lo puso, ensangrentado y todo, al cuello. Sin embargo, los bárbaros que, al parecer, habían sido llamados por Tibur, Preneste y los hérnicos, que espantaban las renacientes fuerzas de Roma, asolaron todo el país al E. de la ciudad, y pasando entre dos ejércitos consulares, llegaron hasta la puerta

(2) *Ex arbore caprifico*.

(3) Macrob., *Sat.*, I, XI, 35-40.



Colina (1). Nombróse un dictador; se armó á toda la juventud y los bárbaros fueron rechazados en desorden sobre el ejército del cónsul Petilio, que los persiguió hasta las cercanías de Tibur, cuyos habitantes, que habían venido en ayuda de los galos, fueron arrastrados en su precipitada fuga. El cónsul obtuvo autorización para poner en la solemnidad de su triunfo el nombre de los tiburtinos entre los vencidos. Este valiente pueblo, habitante en una de las más pequeñas ciudades de las inmediaciones de Roma, protestó el año siguiente contra este honor conferido á su costa, insultando los muros de Roma, y los galos establecidos en una fuerte posición, al rededor de Pedum (2), detrás de una



Ruinas del anfiteatro de Sutri

ellos; los hérnicos recordaban haber dado muerte recientemente al cónsul plebeyo Genucio y no haber cedido al dictador Apio más que una victoria comprada muy cara. En fin, los tarquinienses habían heredado el odio de Veyos contra sus vecinos de las siete colinas, y arrastraron en su alianza á Ceres, á pesar del vínculo de hospitalidad pública que había contraído con Roma durante la guerra gala. Unidos también con los faliscos, los tarquinienses iban al combate, conducidos por sus sacerdotes, que, como las Furias, sacudían antorchas encendidas y serpientes.

El ejército de Fabio se dejó espantar por este imponente aparato, y trescientos siete legionarios, hechos prisioneros, fueron sacrificados por los tarquinienses á sus sombrías divinidades.

En medio de tantos peligros y terrores, fué un consuelo la renovación, con las ciudades latinas, de la antigua alianza, rota por la invasión de los galos (358). Fatigados, tanto como Roma, de la prolongada permanencia de los bárbaros, unieron los latinos sus fuerzas con las legiones, y los galos fueron derrotados. En su alegría, igualaron los romanos esta victoria á la de Camilo. La fortuna volvía á son-

(1) Tito Livio, VII, 11.

(2) Gallos... circa Pedum (Tito Livio, VII, 12). En otro lugar dice de Tibur: *arx Gallici belli*.

trinchera formada con sus carros de guerra, partían de aquí para sus correrías al Lacio y á la Campania. Así, en la edad media se arrojaban audazmente los normandos en medio del país enemigo, y haciéndose un campo de sus barcas amarradas á la orilla de los ríos, partían de él para ir al pillaje bastante lejos.

A esta guerra latino-gala se añadió otra más tremenda excitada por el fanatismo religioso y por el odio político: los tarquinienses denunciaron las hostilidades (358).

Todo estaba entonces ardiendo al rededor de Roma. Desde hacía tres años acampaban los galos en medio del Lacio; y Tibur, Preneste, Velitras y Priverno parecían ligadas con



Guerrero etrusco (1)

Aquel pueblo habitualmente tan duro, se sintió conmovido ante tales ruegos y tal confianza, y concedió á los ceritas una tregua de cien años, que perpetuara la memoria de la falta y también la del perdón.



Arquero etrusco (3)

cese que un cuervo hubo de descender sobre su casco, durante el combate, y turbó al galo hiriéndole el rostro con el pico y con las alas, y que cuando el bárbaro cayó volvió á alzar el vuelo y desapareció hacia el oriente.

Los soldados dieron al vencedor el sobrenombre de Corvo, y se precipitaron sobre el enemigo, seguros de vencer. Esta victoria, ganada por el hijo de Camilo, puso fin á las invasiones galas. Arrojado del Lacio el ejército bárbaro, se dirigió audazmente á la Campania, y avanzando siempre sin curarse de la vuelta, penetró hasta la Apulia. Ocho siglos después, con la misma confianza ó negligencia, debían los francos renovar estas temerarias correrías, y partiendo de las orillas del Mosa, avanzar en derecha y seguir siempre

(1) Sacado de Dennis: *Cities and Cemeteries of Etruria*.

(2) Tito Livio, VII, 19. Las pequeñas guerras eran muy crueles. Se había hecho en el campo de batalla gran número de muertos y prisioneros, dice el autor citado, y los nobles fueron decapitados en Roma, *vulgus aliud trucidatum*.

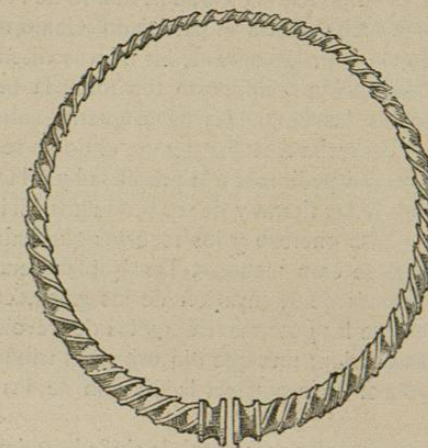
(3) De una pintura de un sepulcro etrusco.

adelante hasta que les faltara tierra en las costas del estrecho de Mesina.

El héroe de esta última lucha, Valerio Corvo, fué elegido cónsul, á los veintitres años de edad, para reprimir algunos movimientos de los volscos, en 346, y saliendo á campaña, quemó la plaza de Satrico que los ancianos habían reedificado. El año siguiente la toma de Sora á orillas del Liris (4), al extremo del país de los volscos, y una victoria sobre los aurunces, que habitaban un grupo de montañas volcánicas á la orilla izquierda del mismo río (5), abrieron á los romanos el camino de la Campania.

Estas guerras son tan embarazosas de leer, como lo eran de hacer, y ni el arte del mismo Tito Livio logra hacer interesante su narración.

Pero un gran pueblo tiene derecho á esa curiosidad que se concede á los comienzos oscuros de un hombre al fin



Torques ó collar galo (6)

ilustre y grande, y no debemos nosotros mostrarnos más indiferentes que Cartago y Atenas al espectáculo de tan tenaz perseverancia.

Los golpes dados al pie del Apenino se oían ya de lejos: la Grecia se preocupaba así de las derrotas, como de las victorias de los romanos (7), y Cartago acababa de renovar con ellos el tratado que había firmado siglo y medio antes.

Habían necesitado ciento sesenta y cinco años de combates (de 510 á 345) para recobrar las fronteras y encontrar las alianzas que la abolición de la monarquía les había quitado. El poderío de aquel pueblo no había crecido sino con mucha lentitud.

Pero en medio de aquellos peligros y de aquellas miserias se había formado su robusta juventud, y no sino los crecimientos paulatinos hacen fuertes á los hombres y duraderas las grandezas.

(4) A cuatro millas por debajo del Sora, después de su confluencia con el Fibreno, forma el Liris, cerca del villajo de Isola, una de las más bellas cascadas de Italia, cayendo el agua de una altura de más de 30 metros. Cicerón tenía por allí cerca una *villa*, donde había nacido.

(5) Sobre una de estas montañas, llamada hoy *monte di Santa Croce*, y cuya más alta cima alcanza unos 1,000 metros sobre el nivel del mar, habían edificado los aurunces su primera capital, Aurunca, que los sidicinos destruyeron en 337.

(6) De un ejemplar del Museo de San Germán.

(7) La entrada de los galos en Roma se supo en Grecia poco tiempo después del acontecimiento. Aristóteles que habla de él, cita á un Lucio como salvador de aquella ciudad. Niebuhr entiende que este Lucio no es sino el hijo del gran Camilo y el vencedor de 349.